Es que el espectro que persigue á Bruto ha reaparecido ó va á reaparecer.

En efecto, al dia siguiente á la misma hora, Casio habia muerto, y dos dias despues se le habia reunido Bruto. Un esclavo, á quien se hizo liberto por este último servicio, habia dado muerte á Casio: Bruto se habia arrojado sobre la espada que le tendia el retórico Straton.

Causa admiracion esa muerte tan pronta de Bruto y Casio, y se olvida que los dos habian apresurado su fin.

Los dos triunviros habian sido fieles á su carácter. Decimos los dos triunviros, porque ya no se trata de Lépido. Antonio habia combatido como un simple soldado. César, enfermo, habia permanecido en su litera, diciendo que un dios le habia advertido en sueños velase sobre él.

Terminado el combate, descartado Lépido, era preciso volver á hacer la particion del mundo. Antonio tomó para sí el inagotable Oriente; César se contentó con el Occidente agotado.

Los dos vencedores se separan: el uno para ir á apurar todas las delicias de la vida con Cleopatra: el otro para volver á Roma á luchar contra el senado, que al fin comienza á comprenderle; contra ciento setenta mil veteranos de los que cada uno reclama un terreno y veinte mil sextercios que le ha prometido, contra el pueblo en fin, que pide pan, reducido al hambre por Sexto Pompeyo que domina el mar de Sicilia.

Dejad pasad ocho años, y los veteranos estarán pagados, ó al menos creerán estarlo, y Sexto Pompeyo será destrozado y se verá fugitivo, y los graneros públicos rebosarán de harina y de trigo.

¿Cómo habia verificado César todo eso? echando la responsabilidad de las proscriciones sobre Antonio y Lépido; negándose á recibir los triunfos que le habian ofrecido, y fingiendo llenar las funciones de un simple prefecto; hablando siempre á nombre de la república, por la que obra, y que va incesantemente á restablecer; en fin, segun el deseo de los soldados, dando su hermana Octavia como esposa á Antonio: Fulvia habia muerto en un acceso de cólera.

Por lo demas era Antonio un terrible galanteador y en todo tenia que probar que descendia de Hércules: se habia casado con Fulvia, acababa de casarse con Octavia; iba á casarse con Minerva; en fin, debia terminar por casarse con Cleopatra.

Este último matrimonio provocó un rompimiento; hacia largo tiempo que César aguardaba una ocasion para desembarazarse de su rival; esta ocasion acababa de proporcionársela Antonio. Cleopatra habia tenido de César, ó de Sexto Pompeyo, no se sabe á punto fijo de cual de los dos, un hijo llamado Cesarion. Antonio, al casarse con Cleopatra, habia reconocido á Cesarion como hijo de César, y le habia prometido la sucesion de su padre, es decir, la Italia, mientras que distribuia á los otros hijos de Cleopatra, Alejandro y Ptolomeo, á Alejandro la Armenia y el reino de los Partos, que á la verdad todavia no se habia conquistado, y á Ptolomeo, la Fenicia, la Siria y la Cilicia.

Roma y Octavio, pedian, pues, á un tiempo venganza contra Antonio. La causa de César se convertia en causa pública; asi jamás se emprendió guerra mas popular.

Por otra parte todos los que llegaban de Oriente referian cosas estrañas. Despues de haberse hecho sátrapa, Antonio se hacia dios. Se llama á Cleopatra *Isis*, y á Antonio *Osiris*. Antonio prometia á Cleopatra hacer de Alejandría la capital del mundo cuando hubiera conquistado el Occidente; entretanto hacia grabar la cifra de Cleopatra en el escudo de sus soldados, y hacia un llamamiento á sus dioses egipcios contra los dioses del Tiber:

Omnigenumque Deum monstra et latrator Anubis
Contra Neptumme et Veucrun contraque Minervam,

dice Virgilio que no habia incluido á Minerva solo por el metro, sino tambien como temiendo que venga su propia injuria. Minerva era, como se recordará, una de las cuatro mugeres de Antonio; se habia casado con ella en Atenas, y habia obligado á los atenienses á que le pagasen mil talentos para su dote, es decir, seis millones de francos.

¿No es cierto que era aquella una estraña sociedad? pero no os admireis, vereis otras cosas muy estrañas en tiempo de Neron.

Era la tercera vez, en un cuarto de siglo, que el Oriente y el Occidente iban á encontrarse en Grecia y á arrojar un nuevo título de victoria y de desastre en aquella eterna serie de acciones y reacciones que duraba desde la guerra de Troya.

Reinaba un profundo terror en Roma: Roma no tenia mucha confianza en César como general, sabia por el contrario de lo que era capaz Antonio una vez armado: ademas Antonio llevaba consigo cien mil hombres de á pie, doce mil caballos, quinientos navíos, cuatro reyes y una reina.

Todavia se contaban ciento veinte á ciento treinta mil judíos, árabes, persas, egipcios, medos, tracios y paflagonos que marchaban á la retaguardia del ejército; pero con esos no contaba, no eran soldados romanos.

César tenia próximamente cien mil hombres y doscientos bageles. No reunia, pues, entre navíos y soldados la mitad de la fuerza de su adversario.

La fortuna estaba por Octavio; ó mas bien el destino cambia aqui de nombre y se convierte en la Providencia: era preciso reunir el Occidente y el Oriente bajo una mano poderosa que obligase al mundo á hablar un solo idioma, á obedecer una sola ley, á fin de que al nacer Jesucristo (Jesucristo iba á nacer) encontrase al universo preparado á escuchar su palabra. Dios dió la victoria á César.

Sabidos son todos los detalles de aquella gran batalla; como Cleopatra, la diosa del materialismo oriental, huyó de repente con sesenta bageles aunque ningun peligro la amenazaba; como Antonio la siguió abandonando su ejército; como se volvieron á Egipto para morir ambos: Antonio se mató arrojándose sobre su espada; Cleopatra no se sabe con certeza de que modo: Plutarco cree que haciéndose morder por un áspid.

En esta ocasion no habia medio de librarse del triunfo: por fuerza ó por voluntad era preciso que César dejase obrar. El senado se presentó en corporacion ante él á las puertas de Roma; pero fiel á su sistema, no aceptó César mas que una parte de lo que el senado le ofrecia: á creerle el único precio que pedia por su victoria, era que se le desembarazase del peso del gobierno. El senado se arrojó á sus pies para obtener de él que renunciase á aquella funesta resolucion; pero todo lo que se pudo conseguir fué que César permaneceria todavía durante diez meses encargado de poner en órden los negocios de la república. Verdad es que se mostró César menos tenaz en cuanto á admitir el título de Augusto que el senado le ofreció, y que aceptó sin hacerse mucho de rogar.

Augusto tenia treinta años. En el espacio de nueve que habian trascurrido desde que sucedió á César, habia andado como se ve mucho camino, ó mas bien le habia hecho andar á la república.

Verdad es que estaban muy cansados en Roma de las guerras intestinas, de las proscriciones civiles y de las matanzas de los partidos. Desde Mario y Sila, hacia cerca de sesenta años, no se ejecutaba otra cosa en Roma mas que matar ó ser muerto, tanto que desde un cuarto de siglo era preciso buscar con mucho cuidado y atencion para hallar un general, un cónsul, un tribuno, un senador, un personage notable en fin, que hubiese muerto tranquilamente en su cama.

Habia mas, y es que el mundo estaba arruinado. Se sufren las matanzas, la cruz, el patíbulo; no se sufre la miseria. Los caballeros tenian puestos distinguidos en el teatro, pero no se atrevian á ir á ocupar sus puestos por temor de ser arrestados por sus acreedores; tenian catorce bancos en el Circo, y sus catorce bancos estaban desiertos. Las provincias declaraban que no podian pagar el impuesto: el pueblo no tenia pan. Desde el Occéano Atlántico hasta el Eufrates, desde el estrecho de Cádiz al Danubio, ciento treinta millones pedian limosna á Augusto.

¿Quién, pues, en semejantes circunstancias hubiera tenido siquiera la idea de oponerse al vencedor de Antonio, que era el único rico y el solo que podia enriquecer á los demas?

Augusto hizo tres partes de sus inmensas riquezas, que habia cuadruplicado con el tesoro de los Ptolomeos: la primera para los dioses, la segunda para la aristocracia, la tercera para el pueblo.

Júpiter Capitolino obtuvo diez y seis mil libras de oro; trece mil mas que le habia quitado César; y ademas diez millones de nuestra moneda actual en piedras y alhajas.

Tocáronle á Apolo seis trípodes de plata fundidas de nuevo, y cuyo metal era de las propias estátuas de Augusto.

En fin, como las ciudades enviaban de todas las provincias coronas de oro al vencedor, el vencedor las repartió entre los demas dioses.

Los dioses quedaron contentos.

Augusto se ocupó entonces de la aristocracia.

Los legados de César se pagaron por completo. Todo el que tenia un nombre, ó se habia hecho uno, recibió socorros; la aristocracia entera se hizo pensionista de Augusto.

La aristocracia quedó satisfecha.

Faltaba el pueblo.

Los predecesores de Augusto le habian dado espectáculos, Augusto le dió pan. Llegó el trigo en abundantes cargamentos del mar Negro, de Egipto y Sicilia; en menos de tres meses se esparció un bienestar sensible hasta en las últimas clases de la poblacion.

El pueblo gritó: ¡viva Augusto!

Entonces, como le quedaban todavía cerca de dos mil millones, lanzó á la circulacion esa enorme masa de metálico: el interés estaba á 12 por 100, bajó al 4; las tierras estaban despreciadas, triplicaron y cuadruplicaron de valor.

En seguida se volvió á su casita del Monte Palatino, casa toda de piedra, pero sin mármoles, sin pinturas, sin pavimentos de mosáico; casa que habitaba en estio como en invierno, y que no encerraba mas que una cosa de valor, la pequeña estátua de oro de la Fortuna del imperio.

Verdad es que habiéndose quemado esa casa diez y ocho años despues, es decir, hácia el año 748 de Roma, Augusto la reedificó haciéndola mas cómoda, mas elegante y mas bonita.

Allí fué donde Augusto vivió todavía cuarenta y seis años, suplicando sin cesar al pueblo le retirase la pesada carga del gobierno, y sin cesar obligado por él á aceptar nuevos honores, habiendo dicho que no era mas que un simple ciudadano como los demas; incomodándose cuando se le llamaba señor, repitiendo que sus nombres eran Cayo Julio César Octaviano, y que no queria ser llamado con ningun otro nombre, le fué preciso resignarse á ser príncipe, gran pontífice, cónsul y regulador de las costumbres con carácter de perpetuidad. Quisieron nombrarle tribuno, pero él

habia hecho observar que en su cualidad de patricio no podia aceptar aquel cargo. Entonces en vez del tribunado, recibió el poder tribunicio. A la verdad bien podia ser aquello un juego de palabras, pero Augusto tenia algo de abogado, y probablemente por eso llegó Salustio á ser tan amigo suyo.

De este modo todo el mundo estaba contento en Roma. Los cesarianos tenian un rey, ó al menos una cosa que hacia sus veces. Los republicanos oian hablar sin cesar de la república, y ademas el S. P. Q. R. estaba en todas partes, en las águilas, en los fasces, en la misma casa del príncipe. En fin, los poetas, los pintores, los artistas tenian á Mecenas, á quien Augusto habia trasmitido sus plenos poderes, y que se encargaba de asegurarle aquella *aurea mediocritas* tan alabada por Horacio.

En medio de todos esos honores, Augusto permanecia siempre el mismo: trabajando seis horas al dia, comiendo pan moreno, higos y peces; jugando á las nueces con los mozalvetes de Roma, y yendo vestido con telas hiladas por su muger ó por sus hijas, á ser testigo de un veterano soldado de Actio.

Hemos dicho que su casa del Monte Palatino se quemó hácia el año 748. Apenas se supo aquel accidente, los veteranos, las decurias, las tribus, reunieron por suscricion una suma considerable, porque querian que aquella casa, reedificada á espensas del público, atestiguase el amor general al emperador. Augusto hizo acudir unos despues de otros á todos los suscritores, y por no decir que no admitia su ofrenda, tomó de cada uno de ellos un dinero.

En seguida, despues de tocar el turno sucesivamente á los dioses, á la aristocracia, al pueblo, al tesoro, llególe su vez á Roma. La ciudad republicana era sucia, estrecha y sombría. El *Forum anticuum* era ya muy pequeño para la poblacion siempre creciente de la reina del mundo; el forum de César se llenaba los dias festivos; Augusto hizo edificar un tercer forum entre el Capitolino y Viminal, un templo á Júpiter Tonante en el Capitolio, un templo á Apolo en el Monte Palatino, el teatro de Marcelo en el campo de Marte; en fin, los pórticos de Livia y de Octavia, y la basílica de Lucio y de Cayo. No es eso todo; al mismo tiempo que los obeliscos egipcios se elevaban sobre las plazas, que magníficos caminos partiendo de la *meta sudans* se dirigian á todas partes del mundo como los rayos de una estrella, que sesenta y siete leguas de acueductos y canales llevaban diariamente á Roma dos millones trescientos diez y nueve mil metros cúbicos de agua, que Agrippa al construir su panteon distribuia en quinientas fuentes, en ciento setenta recipientes y en ciento treinta juegos de agua, Balbo edificaba un teatro, Filipo museos, y Pollion un santuario á la libertad.

Así al presidir aquellos inmensos trabajos, Augusto sentia uno de esos movimientos de orgullo que rara vez se permitia en público.

—Ved esa Roma, decia, la encontré de ladrillo, y la vuelvo de mármol.

Augusto gozó una de esas prolongadas existencias que el cielo reserva á los fundadores de monarquía. Tenia setenta y seis años cuando un dia que navegaba entre las islas arrojadas en medio del golfo de Nápoles como canastillos de flores y verdura, fué acometido de un dolor bastante fuerte que le hizo desear detenerse en el puerto mas próximo. Sin embargo, tuvo tiempo para llegar hasta Nola; allí se sintió tan malo, que tuvo que meterse en la cama. Pero lejos de deplorar la pérdida de una existencia tan feliz, Augusto se preparó á la muerte como á una fiesta; cogió un espejo, se hizo rizar los cabellos, se dió colorete; en seguida, como un actor que abandona la escena, y antes de ocultarse tras el bastidor, pide el último aplauso á la sala:

—Señores, dijo volviéndose hácia los amigos que rodeaban su lecho de muerte, respondedme francamente; ¿he representado bien la comedia de la vida?

No hubo mas que una voz entre los espectadores.

—Si, respondieron á un tiempo; si, ciertamente, perfectamente bien.

—En ese caso, replicó Augusto, batid palmas en prueba de que estais contentos.

Los espectadores aplaudieron, y al ruido de sus aplausos, Augusto se dejó caer suavemente sobre la almohada.

El cómico coronado habia muerto.

Hé aquí el hombre que protegió veinte años á Virgilio; hé aquí el príncipe á cuya mesa se sentó una vez á la semana con Horacio, Mecenas, Salustio, Pollion y Agrippa; hé aquí el dios que le proporcionó aquel dulce reposo elogiado por Titère, y en cuyo reconocimiento el amante de Amarilis promete hacer correr sin cesar la sangre de sus corderos.

En efecto, el talento bondadoso, gracioso y melancólico del Cisne de Mántua, debia agradar esencialmente al colega de Antonio y Lépido. Robespierre, ese otro Octavio de otro tiempo, ese proscritor de peluca empolvada á la mariscala, de chaleco de cotonia y casaca azul flor de romero, á quien feliz ó desgraciadamente (la cuestion no está resuelta todavía) no se dejó el tiempo suficiente para mostrarse bajo su doble aspecto, adoraba las *Cartas á Emilia sobre la mitología*, las *Poesías del cardenal de Bernis* y las *Travesuras del caballero de Boufflers;* los *Yambicos* de Barbier le hubiesen causado síncopes, y los dramas de Hugo ataques de nervios.

Es que, por mas que se diga, jamás es la literatura la espresion de la época, sino por el contrario, y si es permitido usar de la palabra, su palinodia. En medio de los escandalosos desórdenes de la Regencia y de Luis XV, ¿qué se aplaudia en el teatro? los

dramas perfumados de Marivaux. En medio de las sangrientas orgías de la revolucion, ¿quiénes son poetas á la moda? Colin-d'Harleville, Demoustier, Fabre d'Eglantine, Legouvé y el caballero de Bertin. Durante esa grande era napoleónica, ¿cuáles son las estrellas que brillan en el cielo imperial? Mr. de Fontanes, Picard, Andrieux, Besour-Lormian, Luce de Lancival, Parny. Châteaubriand pasa por un iluso, y Lemercier por un loco. Se ridiculiza *El Genio del cristianismo*, se silba á *Pinto*.

Es que el hombre está hecho para dos existencias simultáneas, positiva y material la una, intelectual é ideal la otra. Cuando su vida material está en calma, su vida ideal tiene necesidad de agitacion; cuando su vida positiva está agitada, su vida intelectual necesita de reposo. Si toda la mañana se ha estado viendo pasar las carretas que conducen las víctimas de los tiranos, llámense esos dictadores Sila ó Cromwell, Octavio ó Robespierre, hay necesidad por la tarde de esperimentar sensaciones dulces que hagan olvidar las terribles emociones de la mañana. Es el ánfora perfumada que las matronas romanas respiraban al salir del circo; es la corona de rosas que Neron se hacia poner despues de haber visto incendiarse á Roma. Si por el contrario, se ha pasado el dia en una paz continuada, necesita nuestro corazon, que teme aletargarse en una lánguida tranquilidad, emociones ficticias que reemplacen á las emociones reales, dolores imaginarios que hagan las veces de sufrimientos positivos. Asi despues de aquella batalla decisiva de Filipos, en que el genio republicano acaba de sucumbir bajo el coloso imperial; despues de esa lucha de Hércules y Anteo que ha conmovido al mundo, ¿qué hace Virgilio? Perfecciona su primera égloga. ¿Qué gran pensamiento le acosa en medio de aquel inmenso trastorno? El de pobres pastores que no pudiendo pagar las contribuciones sucesivamente impuestas por Bruto y por César, se ven obligados á abandonar sus fecundos campos y su bella patria:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva;
Nos patriam fugimus.

De pobres colonos que emigran, los unos á las tierras del tostado africano, los otros á la fria Scitia:

At nos hinc alli sitientes ibimus Afros;
Pars Scythiam.....

Las de pobres pastores, en fin, llorando, no la libertad perdida, no los lares de arcilla reemplazando á los penates de oro, no el santo pudor republicano velándose el rostro al aspecto de las futuras orgías imperiales de que César ha dado el ejemplo, sino por el sentimiento de no cantar ya, tendidos en una verde caverna, mirando pacer á sus vagabundos corderos el florido citiso y el amargo follage del sauce:

..... Viridi proyectus in antro.
. . . . . .
Carmina nulla canam; non, me pascente, capellæ,
Florentem cytisum et salices carpetis amaras.

Mas acaso es una preocupacion del poeta, acaso esa imaginacion que se ha llamado la Loca de la casa, y que deberia llamarse mucho mejor la Señora de la casa, se dirigiria momentámente, á los dolores campestres y á los lamentos bucólicos; acaso los grandes acontecimientos que van á sucederse arrancarán al poeta á su preocupacion errante por las selvas. He aquí que se aproxima Actio; he aquí que el Oriente se levanta una vez mas contra el Occidente; he aquí el materialismo y el espiritualismo que vienen á las manos; he ahí, en fin, que llega el dia en que decidirá la cuestion entre el politeismo y el cristianismo; ¿qué hace Virgilio, qué hace el amigo del vencedor, qué hace el príncipe de los poetas latinos? Canta al pastor Aristeo, canta á las abejas estraviadas, canta á una madre consolando á su hijo de que sus colmenas están desiertas, y no teniendo nada mas que preguntar á Apolo que como con la sangre de un toro pueden crearse nuevos enjambres.

Y no se crea que escogemos al acaso y que tomamos una época por otra, porque Virgilio como si temiera verse acusado de mezclarse en las cosas públicas de otro modo que para alabar á César, él mismo se toma el cuidado de decirnos en qué época canta. Es cuando César lleva la gloria de sus armas hasta el Eufrates:

..... Cæsar dium magnus ad altum
Fulminat Euphratem bello, victorque volente
Per populos dat jura, viamque affectat Olympo.

Pero asi que César cierra el templo de Jano, que Augusto por segunda vez da la paz al mundo, entonces Virgilio se hace belicoso; entonces el poeta bucólico empuña la trompa del guerrero, entonces el cantor de Palemon y de Aristeo, va á referir los combates del héroe que partiendo de las costas de Troya, toca el primero las playas de Italia; él pintará á Héctor arrastrado nueve veces por Aquiles al rededor de los muros de Pérgamo, que rodea nueve veces con un surco de sangre; describirá al anciano Priamo degollado á la vista de sus hijas, y cayendo al pie del altar doméstico maldiciendo sus impotentes divinidades, que no han sabido proteger ni el reino ni el rey.

Y tanto como Augusto le ha amado por sus cantos pacíficos durante la guerra, tanto le amará por sus belicosos cánticos durante la paz.

Asi, cuando Virgilio muera en Brindis, Augusto ordenará derramando lágrimas, que

sus cenizas sean trasportadas á Nápoles, á cuya mansion sabia era aficionado su poeta favorito.

Acaso el mismo Augusto habia ido á ver aquella tumba, á donde yo iba á mi vez, y habia descansado en el mismo sitio en donde, descansando yo, habia visto pasar ante mis ojos toda aquella gigantesca historia.

Y sin embargo, ¡he ahí una ilusion que un desventurado sabio quiso arrebatarme, diciéndome que *acaso* no era aquella la tumba de Virgilio!

IV.

LA GRUTA DE POUZZOLES.—LA GRUTA DEL PERRO.

Mientras duraba esa esploracion, nuestro cochero, á quien fastidiaba nuestra prolongada ausencia, habia entrado en una taberna para distraerse. Cuando volvimos á bajar hácia Chiaja, le encontramos ébrio como hubieran podido estarlo Horacio ó Galo. Esta ligera infraccion de las reglas de la temperancia, recayó sobre nuestros pobres caballos, que escitados por el látigo de su amo, nos llevaron á triple galope á la gruta de Pouzzoles. Nos pareció oportuno decir que queriamos detenernos á la entrada de aquella gruta y atravesarla en toda su longitud: nuestro automedonte, que creia su honra comprometida en probarnos, por la manera rozagante con que nos conducia, que no estaba beodo, redobló los golpes, y desaparecimos por la ancha abertura como si fuésemos arrastrados por un torbellino.

Desgraciadamente, apenas habiamos caminado cien pasos por aquel corredor del infierno, chocamos con un carro. El cochero, que iba de pie detrás de nosotros, saltó por encima de nuestras cabezas, y nosotros por encima de las de los caballos. Cayeron estos al suelo; una rueda del corrícolo continuó su rotacion, mientras la otra, enganchada en el cubo de las ruedas del carro, se detuvo con el resto del carruage. Creí que nos habiamos aplastado. Felizmente el dios de los ébrios, que velaba por nuestro cochero, se dignó estender su proteccion hasta nosotros, por mas indignos que fuésemos de ella: nos levantamos sin un arañazo: solo las guarniciones del bilancino estaban rotas. Se recordará que el bilancino es el caballo que galopa junto al de varas.

Nuestro conductor nos hizo saber que necesitaba un cuarto de hora para volver á poner en órden su tren; se lo concedimos con tanta mas voluntad, cuanto que necesitábamos nosotros el mismo tiempo para visitar la gruta.

En los tiempos de Séneca, en que no habia caminos de hierro, y en que por consecuencia no se horadaban las montañas, sino que se pasaba sencillamente por su cima, la gruta de Pouzzoles era una gran curiosidad. Asi que les llamaba la atencion una cosa que en nuestros dias haria el mas ignorante ingeniero de puentes y caminos, y poetizando aquella especie de cueva, que no es buena ni para conservar vino, la llama una larga prision, y diserta acerca de la fuerza involuntaria de las impresiones. Por lo que respecta á nosotros, yo no sé si la cabriola que acabábamos de dar habia alterado nuestra imaginacion; pero, sin ofender á Séneca, no nos impresionó otra cosa, que el insoportable olor á aceite que despedian los sesenta y cuatro reverberos encendidos en aquella inmensa gazapera.

A pesar de sus sesenta y cuatro reverberos, hay tal oscuridad en la gruta de Pouzzoles, que únicamente guiados por la vinosa voz de nuestro cochero conseguimos encontrar nuestro corricolo. Montamos en él; nuestro cochero subió detrás, y como para probar á nuestros desventurados caballos que no era á él á quien le faltaba la razon, se estrenó con el latigazo mas magnífico que jamás han recibido caballos, desde los corceles de Aquiles, que tan tiernamente lloraron á su amo, hasta las mulas de don Miguel, que faltó poco para que irrespetuosamente desnucasen al suyo.

El bilancino y el caballo de tronco, dieron un salto que á poco mas descuaderna el carruage; pero con gran admiracion nuestra, y aunque los dos parecia que hacian inauditos esfuerzos para cumplir con su deber, no nos movimos del mismo sitio.

Redobló el cochero la dósis, acompañando esta vez el chasquido del cuero con ese silbido ténue de los cocheros italianos, y con el que parece galvanizan sus caballos. Los nuestros, con aquella doble amonestacion, redoblaron sus saltos y su piafar, pero no dieron un paso ni adelante ni atrás.

Sin embargo, como segun todas las reglas de la dignidad humana, jamás deben ceder los animales de dos pies ante los animales de cuatro patas, empeñase nuestro hombre y largó á su tiro el tercer latigazo, acompañando este latigazo con un juramento capaz de hendir el Paussilipo. La impresion que sufrieron los desgraciados cuadrúpedos fué grande; se encabritaron, relincharon, se movieron á la derecha, á la izquierda; pero ni un solo paso adelante, no habia que pensar en eso.

Evidentemente se encerraba alli algun misterio. Detuve el brazo á Gaëtano, levantado ya para descargar el cuarto latigazo, y le dije se asegurase por el tacto de las causas que nos encadenaban en nuestro sitio; porque no habia que tratar de emplear la vista. Gaëtano quiso negarse y pretendió que los caballos

debian partir y que partirian. Pero yo tambien insistí á mi vez diciéndole, que si añadia una palabra mas le enviaria á pasear con su carruage. Gaëtano, amenazado en sus intereses pecuniarios, se apeó.

A los pocos instantes, le oimos lanzar suspiros, despues lamentos, y por último sollozos.

—¡Y bien! le pregunté, ¿qué hay?

—*Oh, eccellenza.*

—Adelante.

—¡*O malora*!

—¿Cómo?

—*Ho perduto la testa del mio cavallo.*

—¡Cómo! ¿habeis perdido la cabeza de vuestro caballo?

—¡*L'o perduta*!

Y los lamentos y sollozos volvieron á comenzar.

—¿Y de cuál de los dos, habeis perdido la cabeza? pregunté riendo á carcajadas.

—*Del povero bilancino, eccellenza.*

—Ese miserable es difunto de taberna, dijo Jadin.

—¡Y bien! pregunté despues de un momento de silencio, ¿ha parecido?

—*O non si trovera piú.... ¡mai! ¡mai! ¡mai!*

—Vamos á ver, esperad, voy á buscarla yo mismo.

Me bajé del corricolo; dí á tientas la vuelta al rededor del tiro, y encontré á mi hombre que apretaba desesperadamente entre sus brazos la grupa de su caballo. Le habia enganchado al revés.

Compréndese el resultado natural de esta combinacion. á cada nuevo latigazo, el caballo de varas tiraba hácia el Norte y el bilancino hácia el Mediodía. Ahora bien, como es una regla invariable que dos fuerzas iguales opuestas una á otra se equilibran, resultaba que cuanto mayores eran los esfuerzos que hacian nuestros caballos para avanzar, el uno hácia la entrada de la gruta, el otro hácia la salida, mas sólidamente permaneciamos como amarrados en el mismo sitio.

Anuncié á Gaëtano que la cabeza de su caballo estaba encontrada, le presenté la prueba de ello poniéndole la mano sobre ella, y le indiqué que por temor á nuevos accidentes, iríamos á pie hasta la gruta del Perro, donde podia ir á reunirse con nosotros, si podia hacerlo.

Hay no obstante dias en que esa gruta está espléndidamente iluminada, y son los dias de equinoccio; como el sol se pone exactamente por frente de ella, la atraviesa con sus últimos rayos y la dora maravillosamente de uno á otro de sus estremos.

Habiamos hallado tantos embarazos en aquella malhadada gruta, que salimos á la luz con cierto placer. Con el fin, sin duda, de indemnizar al viagero de la pérdida que momentáneamente ha sufrido, la naturaleza, á la salida de aquel largo y sombrío corredor, se presenta graciosa, animada y llena de fantásticos accidentes. Sin embargo, como un sol terrible se desplomaba sobre nuestras cabezas, no nos detuvimos mucho á detallarla, y segun la indicacion de un transeunte, dejando el camino, tomamos una vereda que conduce al lago de Agnano.

La honra de Gaëtano se habia interesado; al cabo de un instante oimos detrás de nosotros el ruido de las ruedas de un carruage y los cascabeles de los dos caballos: era nuestro corricolo y nuestro cochero que iban á buscarnos, el corricolo perfectamente arreglado con ayuda de cuerdas y trapos, y el cochero mas tranquilo.

Como nadábamos en sudor, no nos hicimos rogar para ocupar nuestros puestos; y ahora, gracias á la armonía de nuestro tiro, emprendimos nuestro paso habitual, es decir, fuimos como el viento.

Al cabo de un momento se pusieron á correr dos perros delante de nuestro corricolo, y un hombre subió á la trasera. ¿De dónde salian? Se me figura que de una pobre cabaña situada á la izquierda del camino. De los dos cuadrúpedos, el uno era de color de mahon y el otro negro.

A muy poco, el cuadrúpedo de color de mahon presentó visibles señales de vacilacion. Se detenía, se sentaba, quedaba atrás, despues volvia á caminar, cada vez mas lentamente. Su amo comenzó por silbarle, luego le llamó, y al fin, viendo manifiestas señales de rebelion, se apeó, le ató con el perro negro, y en lugar de volver á subir á la trasera, marchó á pie. Pregunté entonces quiénes eran aquel hombre y aquellos perros; se nos respondió que era el hombre que tenia la llave de la gruta, y los dos perros en que se hacian sucesivamente los esperimentos; es decir, el gran sacerdote y las víctimas.

La palabra sucesivamente me esplicó los recelos del perro rubio y la negligencia del perro negro. El perro negro salia de guardia, el perro rojo estaba de faccion. He aquí por qué el perro rojo queria volverse á todo trance, y por qué le era indiferente al perro negro seguir adelante. A la primera visita de estrangeros cambiaron los papeles.

A medida que nos aproximábamos, redoblaba el terror del desventurado perro rojo. Oponia á su colega una verdadera resistencia; y como eran sobre poco mas ó menos de la misma talla, y por consecuencia de la misma fuerza, y el uno no deseaba mas que obedecer á su amo, mientras el otro tenia esperanza de librarse de él, muy pronto pudo mas el sentimiento de la propia conservacion que el del deber, y en lugar de ser el perro negro quien continuase tirando del perro rojo hácia la gruta, fué el perro rojo el que comenzó á llevarse al perro negro hácia la casa.

Viendo lo cual el propietario de los dos